

en la trayectoria de Marañón, en los contenidos de su obra, y en la memoria de su figura, situada en el contexto donde el escritor se incorporó —o se sumó— al científico, con el objeto de espantar leyendas negras, incompresiones seculares, atavismos eruditos, y políticas torpes y confusas.

Como hemos visto, la alternativa de la historia representa una vía de escape moralizante para determinadas corrientes narrativas que asimilan la angustia del individuo en nuestro siglo. Desde el campo científico, desde unos postulados rigurosos respecto a la historia, Marañón ha de figurar entre ellos.

Determinar la peculiar orientación de sus trabajos, desde la postura renuente de 1925, en que califica la actividad extracientífica cual un placer oculto a los ojos del público, sobre todo en un médico, hasta que su reputación como historiador se compagina, a través de la escritura, con su infatigable trabajo médico, quedando fuera de duda su doble personalidad —su necesaria doble personalidad—, aparece también como un esfuerzo narrativo, no sólo literario.

Orígenes de una escritura reflexiva

La aventura humana, la tierra.

André Malraux

Resulta adecuado indicar que, a semejanza de los pasos dados por la mayoría de los intelectuales españoles en la década de los treinta, la obra de Marañón contradice la orientación que se adopta en el resto de Europa. Acaso porque en España se sufre una crisis de doble sentido: la eterna, que versa sobre el ser y el no ser español y, en lógica consecuencia, la del concepto de pertenencia a la milenaria cultura continental. Los conflictos sociopolíticos que han materializado un sentido de resistencia en la creación, en el resto del continente, se ven «contestados» por los esfuerzos de revisión y de legitimidad de carácter filosófico e histórico que impone, en España, la sombra del Noventa y ocho, regla que pervive todavía como un ripio básico de la cultura contemporánea hispánica. El Noventa y Ocho, que aborda las secuelas de la pérdida del imperio colonial desde una posición que agrupa el sentido histórico y la militancia política progresistas, sigue constituyendo el punto de partida inmediato del análisis intelectual en España. Ni siquiera la búsqueda de una actitud renovadora, eje de las propuestas ulteriores del grupo del Veintisiete, consigue modificar esa especie de imperativo categórico precedente, que implica la literatura y el pensamiento en los tumbos de la historia. La ética es un efecto de ese hábito discutible, dado el encierro provocado por el estancamiento crítico de los noventa y ochistas, sin que —al parecer— haya llegado el momento en que simbolice una opción en sí misma.

La obra de Marañón coincide con estos rasgos del contexto en un sentido general. Médico al que la celebridad conduce o empuja a la actividad política —aunque deba entenderse como *responsabilidad* histórica, donde se proyectan su espíritu liberal y su noción terapéutica de la solidaridad—, el declinar de la monarquía y los repetidos desprecios de la Dictadura primorriverista hacia todo lo que representara lo intelectual, o más bien contra la inteligencia, que hubiera protestado Unamuno, le sitúan de parte

de la élite de escritores, filósofos y juristas que sentencian al régimen monárquico como figura que ha cumplido su papel histórico. Esta élite resulta de la fusión de diversas actitudes intelectuales, constituyendo el sustrato de una fuerza política, que pretende serlo también en un sentido espiritual, a la espera de una *nueva situación*. Esta nueva situación —*Monarquía delenda est*, conclusión que expondría Ortega al exponer su juicio sobre las necesidades de la España de la época, y que asumirían con especial intensidad los seguidores de José Antonio Primo de Rivera— se llamaría II República española, y como es sabido, hallaría en el núcleo de figuras capitaneado por Ortega una organización de apoyo y crítica que las circunstancias agotarían pronto. La Asociación al Servicio de la República, de la que Marañón, junto a Pérez de Ayala y Antonio Machado, es presencia egregia y militante, integra una oferta de servicio que sería desdeñada por el carácter multitudinario de la época.

Con frecuencia se ha empleado el argumento de la fiebre revolucionaria que invade Europa en ese período histórico. Pero basta su simple enunciación para comprender que no fue la necesidad de justicia social de las mayorías la que descalificó el empeño «blanco» del liberalismo de Ortega o de Marañón. Intervinieron otras causas, de las que no puede desligarse la desatención del régimen político, las injerencias de las potencias ideológicas que luchaban por la hegemonía en Europa, la triste herencia de lagunas y contradicciones profundas dejada por la monarquía, y las actitudes radicales y violentas que germinan entre los españoles, fenómeno al que no son ajenos numerosos intelectuales.

Con este fracaso inicial, al que sucedería una pendiente de violencia desatada, ese largo desengaño del grupo de Ortega, vuelve a manifestar en España —de nuevo con tintes dramáticos— la oposición entre política y pensamiento. Penetrar en la polémica de los lazos del intelectual o el artista con las demandas sociales, éticas, políticas o morales de su tiempo, y de la sociedad a que pertenece, sería largo, excedería del acercamiento propuesto a Gregorio Marañón y a la *tercera vía* que su postura crítica representa, al posibilismo prudente, moderado y liberal de su actitud, y al valor efectivo que su trayectoria supone en unos años de convulsión, en que los rencores enconados y furiosos suplantán la honestidad de la pasión y la lucidez razonable que requieren la paz y la justicia para consumarse.

Baste señalar, por tanto, que esa intentona generosa, ilustrada, y discutible de la Asociación al Servicio de la República, aspiraba a consagrar, sobre la convivencia colectiva, un intelectual político —en el mejor sentido de la expresión—, de acuerdo con las exigencias más modernas y audaces de aquel período, y quizá de las siguientes.

La anticipación con que se plantea de hecho este modelo, en España, y por ende en Europa, no ha de transformarlo en forma alguna en un ideal sacro, o digno de una recuperación hagiográfica. Pero sí es cierto que incluso la más alta y distinguida élite intelectual de la nación quiso contribuir a materializar un ideal que se repite en las empresas del ser humano desde su origen, una sociedad pacífica que se desarrolla en armonía, respondiendo a los desafíos de la realidad, y distanciándose al propio tiempo de los parámetros tradicionales de la cátedra platónica o de la teorización hueca y adormecedora.

He aquí una primera iniciativa que debe subrayarse, en la caracterización rigurosa

del anhelo de un espacio de acción para la reflexión de los intelectuales españoles, y del objetivo idealista e integrador que defendieron para posibilitar el avance moderno de una cultura y de un pueblo, maltratados ambos por la historia. No puede juzgarse como una casualidad que Gregorio Marañón participara en aquel propósito que hoy se interpreta como una aventura.

Equivocado o no, defraudado o no, este modelo se quedó sin ambiente, sin lugar donde desenvolverse y acaso desprendido de la realidad por efecto de la violencia. Ortega, como Marañón, Antonio Machado o Pérez de Ayala, entre numerosas figuras, fueron reducidos al papel —intrascendente entonces— de «árbitros» de una quimera, el diálogo, entre dos bandos latentes; entre dos fuegos. Y sus actuaciones sugieren, con el paso del tiempo, sólo aunque no sencillamente, el fracaso del argumento ético o moralizador frente a la marcha incontenible y acorazada de la violencia, a sus chantajes y vejaciones.

Si bien ahora es posible alcanzar el adelanto equilibrado de sus ideas y propuestas, y el carácter inédito de su voluntad conciliadora y mesurada, en el pasado no fueron respetados ni su actividad ni la altura de sus enseñanzas. Serían el desprecio, la imposición tácita del exilio, la frustración, la muerte y el asesinato las réplicas frecuentes a esta actitud. Y no sólo para un grupo de intelectuales, sino para un país entero.

Ocurrió con una contundencia que los hechos, sean conocidos por los libros o por los recuerdos de quienes los vivieron, aún arrancan escalofríos a la piel.

Para Marañón, la fecha de julio de 1936, que aparece repetidamente en sus libros, revela una reiterante obsesión que clausura su fe en la política, y que le proporciona un impulso, en su exilio de París, que se encauza en dos direcciones simultáneas, afirmando un trabajo que se desarrolla desde el comienzo de la década: la recuperación de sus estudios biológicos de la historia española, siempre integrada en la universal —en natural coincidencia con la obra de Américo Castro o Salvador de Madariaga—, y en su dedicación ininterrumpida a la medicina.

Es por esa senda ilustrada que Marañón podrá comunicar su amargura personal respecto al drama de los españoles y, en general, del ser humano —una gran guerra civil asola el mundo tras el «ensayo general» que se ha producido en su país; su convicción firme en la necesidad de una moral de libertad que asegure la paz y el entendimiento en el mundo superviviente de la conflagración; la conveniencia del conocimiento histórico para profundizar —y resulta muy expresiva su comparación con el informe clínico que el tiempo permite abrir, para divulgar sus contenidos, no para vulgarizarlos— en las discordias de los individuos ya en un plano inmediato o en el general; y la confianza en la elaboración de una doctrina de solidaridad humana, que brota de la práctica médica y que se transmite por el esclarecimiento de la realidad histórica, las frustraciones pretéritas, al modo de una artesanía o, incluso, un credo religioso.

Sin duda alguna, los fundamentos sobre los que descansan los ideales humanistas de Marañón son discutibles, y no sólo por la perspectiva del tiempo transcurrido desde su desaparición en 1960. En realidad, todo empeño intelectual, crítico o artístico puede y ha de discutirse, salvo que sus escasos méritos lo hagan acreedor al silencio del desdén o del aburrimiento. Pero ésta no es la circunstancia que definen o pueden definir la conducta marañoniana y su obra. En esta última, tan ligada a su carácter, se ad-